

desde otro lugar

Presentaciones, presentimientos

Diamela Eltit

Nelly Richard, crítica de arte y de la cultura chilena, aborda de manera rigurosa y con nuevas aportaciones en su libro¹ los dilemas que surgen a partir de la rigidez con que la cultura oficial administra las categorías de género en la sociedad chilena que, por lo demás, puede ser analogizable a la situación imperante en otras sociedades latinoamericanas. El libro de Nelly Richard reúne cinco ensayos que examinan los signos dominantes en la transición a la democracia en Chile, el problema de la escritura, las identidades o desidentidades sexo-género (especialmente desde el arte travestista) hasta la estrategia del discurso postmoderno frente a las diversas errancias y periferias. Los cinco ensayos que conforman el volumen constituyen, a mi entender, el trabajo más serio realizado hasta el momento sobre este tema en Chile.

Con motivo de la presentación de su libro en Chile, Nelly Richard convocó a una crítica literaria feminista (Raquel Olea) y a dos filósofos (Carlos Pérez y Martín Hoppenheim), para dar cuenta de los problemas que su texto aborda. Y es esa lectura la que resulta ejemplar para pensar el modo de recepción de las problemáticas de género por parte de los pensadores hombres, quiero decir, los aciertos, resistencias, dificultades y complacencias que originan el pensar la diferencia, que no es más que la del género femenino.

El texto más significativo en este sentido (en el sentido de recepción de un determinado problema) es el del filósofo Martín Hoppenheim quien resulta atrapado por el discurso de Nelly Richard para pensar su propio discurso, su particular transcurso. Martín Hoppenheim parte señalando el ya antiguo problema de la pertenencia del discurso (en el "lugar común" de que el discurso teórico pertenece a la esfera de

¹*Masculino/femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática*, Francisco Zegers Editor, Santiago de Chile, 1993.

lo asignado a lo masculino) y ve en el discurso de Nelly Richard formas de evasión y de alteración de esta situación por el lenguaje crítico utilizado por ella, quiero decir, los giros lingüísticos, la cifra que presenta su lenguaje, la utilización de procedimientos —digamos— estéticos, como la metáfora o la imagen. No obstante esta precisión teórica, lo interesante es que Hoppenheim, inevitablemente, termina igualando sexo a género, acaba sectorializando los géneros de acuerdo a los poderes en espacios públicos y privados, separando la razón de la sinrazón en los afectos de las mujeres y cae él mismo en la trampa que le tiende la cultura.

Mientras que el trabajo de Richard lucha teóricamente, a lo largo de los diversos ensayos que conforman su libro, por establecer que las categorías de género son convenciones culturales y busca desplazar esas categorías de las meras condicionantes sexuales hacia procedimientos sociales y políticos, Hoppenheim se detiene a pensarse en tanto hombre —digamos— minoritario. Y en cuanto a hombre recorrido por aristas, baches, deseos, infracciones a la normatividad, rechaza que el espacio de lo femenino pudiera signarse desde el cataclismo que opone al universo de lo —es un decir— racional o del poder o de la ley (siempre del discurso). Porque Hoppenheim señala que él escribe desde su propio cuerpo (masculino), haciendo una alusión —por decirlo de alguna manera— fálica: “hablo desde mi propia masturbación infantil”, como si los rituales del cuerpo —me refiero a la operación con las fantasías, los deseos y excedentes— no formaran parte también de una construcción cultural. En suma, Hoppenheim captura para su hombre-masculino—escritor virtualidades que podrían —teóricamente— potencializarse para el género femenino.

Hoppenheim termina su intervención desplazándose desde la problemática de su escritura a la/su vida concreta misma y en este tránsito vuelve a definir las reglas del/su juego que se mueve desde el amor a la palabra, hasta los afectos; amores y desamores por las mujeres. Es en esta instancia personal (la esfera de lo afectivo) en la cual el filósofo termina por demarcar la diferencia entre hombres y mujeres cuando delega en las mujeres ciertos poderes en esferas —digamos— privadas, como la familia o la amistad y allí afirma que existe: “un saber de la mujer frente al cual yo, en tanto hombre, soy impotente, estúpido e insensible”. Ante este supuesto saber de las mujeres en el terreno afectivo que recorre y domina los espacios privados, Hoppenheim se pre-

senta como el vencido y pasa a protagonizar el lugar de la diferencia minoritaria por la imposibilidad de comprensión y poder sobre este saber.

Mi intención al inscribir este texto de Martín Hoppenhiem en *debate feminista* es porque, a mi juicio, él es uno de los más importantes pensadores chilenos actuales y resulta, por lo tanto, importante su reflexión —aun en su paradoja— frente a la convocatoria de lectura del libro de Nelly Richard que es, a la vez, la lectura de sus propios dilemas con los géneros y los límites y espejismos de los cuerpos.